

Derriban Do muros:  
memorias



marina abramov ić

Derriban Do muros:  
memorias

Tra DuCCiÓN De san Tiag o g on zález so sa y ávila

**MALPASO**

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

Para obtener este libro en formato digital escriba su nombre y apellido con bolígrafo o rotulador en la portada de la página 5. Tome luego una foto de esa página y envíela a <ebooks@malpasoycia.com>. A vuelta de correo recibirá el e-book gratis. Si tiene alguna duda escribanos a la misma dirección.

Walk through Walls: A memoir by marina Abramović

© marina Abramovic, 2016. Todos los derechos reservados.

© Traducción: Santiago González Sosa y Ávila

© malpasoycia S.L.

C/ Diputació, 327, principal primera

08009 Barcelona

www.malpasoycia.com

Título original: *Walk through walls: A memoir*

iSBN: 978-84-17893-88-0

Depósito legal: B 1919-2020

Primera edición: marzo de 2020

Impresión:

Diseño de interiores: Sergi Godia

Maquetación: Disegraf, S.L.

Imagen de cubierta: © Archivos de marina Abramović y de la galería Luciana Brito, São Paulo

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

*Tras pasar su infancia en lo que se conocía como Yugoslavia,  
la artista de performance Marina Abramović ahora vive  
en la ciudad de Nueva York y en Hudson Valley.*

*Dedico este libro a  
los AMIGOS y a los ENEMIGOS*

*Una mañana fui caminando con mi abuela hacia el bosque. Era muy bello y tranquilo. Yo tenía solo cuatro años, así de diminuta era, y vi algo muy extraño: una línea recta que atravesaba la calle. Sentí tanta curiosidad que me acerqué; solamente quería tocarla. Luego mi abuela gritó muy fuerte. Lo recuerdo con mucha intensidad. Se trataba de una enorme serpiente.*

*Ese fue el primer momento de mi vida en que de verdad sentí temor, pero no tenía idea de a qué debía temerle. De hecho, fue la voz de mi abuela lo que me aterró. Y después la serpiente huyó deslizándose rápidamente.*

*Es increíble cómo tus padres y quienes te rodean te incrustan el miedo. Al principio eres tan inocente; no lo sabes.*



Yo en Belgrado, 1951.

Provengo de un lugar sombrío: la Yugoslavia de la posguerra de mediados de 1940 a mediados de 1970. Una dictadura comunista, el mariscal Tito en el poder. Escasez perpetua de todo, monotonía por doquier. Algo tienen en común el socialismo y el comunismo: esa clase de estética basada en la fealdad pura. El Belgrado de mi infancia ni siquiera poseía el monumentalismo de la Plaza Roja de Moscú. De alguna manera, todo terminaba siendo de segunda mano. Como si los dirigentes estuvieran viéndolo todo a través de una lente comunista, pero de otro, y construyeran algo menos bueno y funcional y más jodido.

Con frecuencia recuerdo los espacios comunales; los pintaban de un sucio color verde y colocaban esos focos desnudos que brillaban con una luz gris que ensombrecía los ojos. La combinación del color y de los muros coloreaba nuestra piel de un tono amarillento, verdoso, como si estuviéramos enfermos del hígado. Hicieras lo que hicieras, había un sentimiento de opresión y un poco de depresión.

Dentro de estos feos bloques gigantes de apartamentos vivían familias enteras. Los jóvenes nunca lograban conseguir un apartamento para sí mismos, por lo que en cada uno vivían varias generaciones: la abuela y el abuelo, los recién casados y sus hijos. Esto creaba complicaciones ineludibles, con todas estas familias amontonadas en espacios muy reducidos. Las parejas jóvenes tenían que ir al parque o al cine para tener sexo. Y olvídate de la idea de comprar algo nuevo o bonito alguna vez.

Una broma de la época comunista: un tipo se retira, y por haber sido un empleado excepcional lo premian, no con un reloj, sino con un coche nuevo, y le dicen en la oficina que es muy afortunado: le entregarán su coche en tal fecha, en veinte años.

—¿Por la mañana o por la tarde? —pregunta el tipo.

—¿Qué más da? —contesta el oficial

—Es que ese mismo día vendrá el fontanero.

Mi familia no tuvo que soportar nada de esto. Mis padres fueron héroes de guerra, lucharon contra los nazis junto a los partisanos yugoslavos, comunistas dirigidos por Tito, por lo que después de la guerra se convirtieron en miembros importantes del Partido, con puestos relevantes. A mi padre lo nombraron miembro de la guardia de élite del mariscal Tito; mi madre dirigió un instituto que supervisaba los monumentos históricos y que adquiría obras de arte para edificios públicos. También fue la directora del Museo de la Revolución y el Arte. Gracias a eso gozábamos de muchos privilegios. Vivíamos en un gran apartamento en el centro de Belgrado, en la calle Makedonska, número 32. Un gran y anticuado edificio de la década de los veinte, con ele-





Mis padres, Danica y Vojin Abramović, 1945.

gante forja y cristal, como un apartamento de París. Teníamos un piso entero, ocho habitaciones para cuatro personas — mis padres, mi hermano menor y yo —, lo que era inaudito por aquella época. Cuatro habitaciones, un comedor y un gran salón (así le llamamos a la sala de estar); una cocina, dos baños y un cuarto de servicio. El salón tenía estantes llenos de libros, un piano de cola negro y cuadros en todas las paredes. Como mi madre era la directora del Museo de la Revolución y el Arte, podía ir a los estudios de los pintores y comprarles sus lienzos, pinturas con influencia de Cézanne, Bonnard y Vuillard, y también muchas obras abstractas.

De joven yo creía que nuestro apartamento era la cúspide del lujo. Más tarde descubrí que había pertenecido a una familia judía adinerada y que había sido confiscado durante la ocupación nazi. Después también me di cuenta de que los cuadros que mi madre colgaba en él no eran muy buenos. En retrospectiva pienso, por esta y por otras razones, que nuestro hogar era en realidad un lugar espantoso.

Mi madre, Danica, y mi padre, Vojin, conocido como Vojo, mantuvieron un gran romance durante la Segunda Guerra Mundial. Una historia increíble: ella era hermosa; él, apuesto; y cada uno salvó la vida del otro. Mi madre era mayor en el Ejército y comandaba un escuadrón

en la línea de frente que se encargaba de hallar partisanos heridos y ponerlos a salvo. Pero en una ocasión, durante el avance alemán, ella contrajo tifus y estuvo inconsciente entre los heridos, con fiebres altísimas y completamente cubierta por una manta.

Pudo haber muerto fácilmente de no haber sido porque mi padre era gran amante de las mujeres. Cuando él vio que su cabello salía por debajo de la manta, creyó que debía levantarla para echar un vistazo. Al ver lo hermosa que era la puso a salvo en un pueblo cercano donde los campesinos la cuidaron hasta que se recuperó.

Seis meses después ya estaba de regreso en la primera línea de batalla ayudando a llevar al hospital a los soldados heridos. Reconoció inmediatamente a uno de los heridos como el hombre que la había rescatado. Mi padre yacía allí, desangrándose hasta la muerte, ya que no había suficiente para hacer transfusiones. Mi madre descubrió que tenían el mismo tipo de sangre, le dio de la suya y le salvó la vida.

Como un cuento de hadas.

Después, la guerra volvió a separarlos, pero se volvieron a encontrar cuando esta terminó, y se casaron. Yo nací el año siguiente, el 30 de noviembre de 1946.

La noche anterior a mi nacimiento, mi madre soñó que paría a una serpiente gigante. Al día siguiente, mientras dirigía una reunión del Partido, rompió aguas. Se negó a terminar la reunión antes de tiempo: solo cuando finalizó se dirigió al hospital.

Nací prematuramente, el parto fue muy difícil para mi madre. La placenta no salió por completo; desarrolló sepsis. Por poco muere, de nuevo su vida estuvo en peligro; tuvo que quedarse en el hospital durante casi un año. Después de eso, por un tiempo le fue difícil continuar trabajando y criarme al mismo tiempo.

Al principio, me cuidó el ama de llaves. Mi salud era pobre y no comía bien, estaba hecha un saco de piel y huesos. El ama de llaves tuvo un hijo de mi edad a quien alimentaba con todo lo que yo no podía comer; el niño creció y engordó. Cuando mi abuela Milica, la madre de mi madre, vino a visitarme y vio lo delgada que estaba, se asustó. Inmediatamente me llevó a vivir con ella y allí me quedé durante seis años hasta que nació mi hermano. Mis padres solo me visitaban los fines de semana. Para mí eran dos extraños que aparecían una vez a la semana a darme regalos que no me gustaban.

Dicen que de pequeña no me gustaba caminar. Mi abuela me sentaba sobre la silla de la mesa de la cocina cuando se iba al mercado, y al regresar me encontraba en el mismo lugar. No sé por qué me negaba a

caminar, pero supongo que tenía que ver con haber sido pasada de persona en persona. Me sentía desplazada y seguramente pensaba que caminar significaría tener que marcharme hacia otro lugar.

Mis padres tuvieron problemas en su matrimonio casi de inmediato, seguramente desde antes de que yo naciera. Su increíble historia de amor y su atractivo los había reunido —el sexo los había juntado—, pero muchas cosas los alejaron. Mi madre descendía de una familia adinerada y era una intelectual; había estudiado en Suiza. Recuerdo que mi abuela decía que cuando mi madre se marchó de casa para unirse a los partisanos, dejó sesenta pares de zapatos y solo se llevó consigo un par de zapatos campesinos viejos.

La familia de mi padre era pobre, pero de héroes militares. Su padre había sido un mayor condecorado por el Ejército. A mi padre lo encarcelaron mucho antes de la guerra por defender ideas comunistas.

Para mi madre, el comunismo resultaba una idea abstracta, algo sobre lo que había aprendido en Suiza al estudiar a Marx y a Engels. Convertirse en partisana significó una elección idealista, incluso una elección de moda. Pero para mi padre representaba el único camino, pues venía de una familia pobre, una familia de guerreros. Él era el verdadero comunista. El comunismo, creía, podía cambiar el sistema de clases.

A mi madre le encantaba asistir al *ballet*, a la ópera, a los conciertos de música clásica. A mi padre le encantaba asar lechones en la cocina y beber con sus viejos amigos partisanos. Así que no compartían nada en común y eso los llevó a un matrimonio muy infeliz. Peleaban constantemente.

Y luego estaba el amor que mi padre les tenía a las mujeres, que en un principio lo condujo a mi madre.

Desde el inicio del matrimonio mi padre fue constantemente infiel. Mi madre detestaba esto, como es normal, y pronto comenzó a odiarlo a él. Naturalmente, al principio, mientras vivía con mi abuela, yo no me enteraba de nada. Pero a mis seis años nació mi hermano, Velimir, y me devolvieron a casa de mis padres. Padres nuevos, casa nueva, hermano nuevo, todo al mismo tiempo. Y casi de inmediato, mi vida empeoró bastante.

Recuerdo haber deseado regresar a casa de mi abuela, pues la consideraba un lugar seguro para mí. Parecía muy tranquilo. Ella tenía varios rituales por la mañana y por las tardes; los días tenían un ritmo. Mi abuela era muy religiosa y toda su vida giraba en torno a la iglesia. Todos los días a las seis de la mañana, al salir el sol, prendía una vela para rezar. Y a las seis de la tarde prendía otra para rezar de nuevo. La acompañaba a la iglesia todos los días hasta que cumplí los seis años y aprendí cosas



Yo con mi tía Ksenija, mi abuela Milica y mi hermano, Velimir, 1953.

sobre los distintos santos. Su casa estaba llena de un olor a incienso y café recién tostado. Tostaba los granos verdes de café y los molía con la mano. Sentía una profunda sensación de paz en su casa.

Eché de menos esos rituales cuando regresé a vivir con mis padres. Se levantaban todas las mañanas, trabajaban el día entero y me dejaban con las nanas. Además, sentía muchos celos de mi hermano porque era un niño, el primer varón, quien de inmediato se convirtió en el favorito. Esta es la costumbre en los Balcanes. Los padres de mi padre tuvieron diecisiete hijos, pero la madre de mi padre solamente mostraba las fotos de los varones, nunca de sus hijas. Trataron el nacimiento de mi hermano como si hubiera sido un magno evento. Más tarde me enteré de que cuando nació mi padre no se lo contó a nadie. Cuando Velimir llegó al mundo, Vojo salió con sus amigos, bebieron, dispararon al aire y gastaron mucho dinero.

Para empeorar aún más las cosas, mi hermano pronto desarrolló una especie de epilepsia infantil; sufría convulsiones y todos lo rodeaban para brindarle más atención. Una vez, cuando nadie me veía (yo debía de tener seis o siete años), intenté bañarlo y casi lo ahogo; lo puse en la bañera y él hizo *plop* bajo el agua. Si mi abuela no lo hubiera sacado, me habría convertido en hija única.

Me castigaron, claro. Me castigaban con frecuencia por las infracciones más ínfimas, y los castigos casi siempre eran físicos, golpes y bofetadas. Mi madre y su hermana Ksenija, quien se mudó con nosotros temporalmente, eran quienes me castigaban, casi nunca era mi padre. Me golpeaban hasta que quedaba negra o azul; tenía moretones por doquier. Pero a veces había otros métodos. En nuestro apartamento teníamos una especie de armario profundo y oscuro —la palabra en serbocroata es *plakar*— que me fascinaba y me aterraba al mismo tiempo. No tenía permitido meterme dentro, pero a veces, cuando me portaba mal —o cuando mi madre o mi tía aseguraban que no me había comportado correctamente—, me encerraban ahí.

Le temía mucho a la oscuridad, aquel *plakar* estaba lleno de fantasmas, presencias de espíritus, seres luminosos, amorfos y silenciosos, pero para nada temibles. Les hablaba. Para mí era completamente normal que estuvieran allí. Simplemente conformaban parte de mi realidad, de mi vida. Nada más encender las luces, se esfumaban.



Mi padre, como ya dije, era un hombre muy apuesto con un rostro fuerte, serio, con un grueso y vigoroso cabello. Un rostro heroico. En fotografías suyas de la época de la guerra casi siempre se le ve montado sobre un caballo blanco. Luchó en la 13.<sup>a</sup> División Montenegro, un grupo de guerrilleros que realizaba redadas relámpago contra los alemanes; requería una valentía impresionante. Muchos de sus amigos murieron a su lado.

Su hermano más joven fue capturado por los nazis, quienes lo torturaron hasta la muerte. El escuadrón de mi padre capturó al soldado que había matado al hermano y lo llevó con mi padre. Mi padre no le disparó. Le dijo: «Nadie puede regresar a mi hermano a la vida», y simplemente lo dejó ir. Era un guerrero y sostenía una profunda ética sobre pelear en la guerra.

Mi padre nunca me castigó por nada, nunca me golpeó y por eso llegué a amarlo. Aunque con frecuencia se ausentaba con su unidad militar cuando mi hermano era apenas un niño, Vojo y yo gradualmente nos hicimos mejores amigos. Siempre hacía cosas bonitas por mí; recuerdo que me llevaba a los carnavales y me compraba dulces.

Cuando salía conmigo rara vez estábamos solos. Usualmente iba con una de sus novias, quien me compraba regalos maravillosos con los que regresaba a casa, muy contenta, y decía: «Ay, la hermosa señorita ru-



Vojo el día de la liberación, Belgrado, 1944.



Mi padre y yo, 1950.

bia me compró todo esto», y mi madre inmediatamente los tiraba por la ventana.

El matrimonio de mis padres era como una guerra; nunca los vi abrazarse, besarse o expresar afecto el uno por el otro. Quizá se trataba de un hábito de los viejos días como partisanos, ¡pero ambos dormían con pistolas cargadas en la mesita de noche! Recuerdo que una vez, durante una de las poco comunes épocas en las que se hablaban, mi padre llegó a almorzar y mi madre le preguntó: «¿Quieres sopa?», él contestó que sí y ella llegó por detrás y le arrojó la sopa sobre su cabeza. Él gritó, empujó la mesa, azotó todos los platos de la estancia y se marchó. Siempre se percibía esa tensión. Nunca hablaban. Nunca hubo una Navidad en la que estuvieran felices.

De cualquier manera, no celebrábamos la Navidad; éramos comunistas. Pero mi abuela, quien era muy religiosa, celebraba la Navidad ortodoxa el 7 de enero. Era maravilloso y terrible. Maravilloso porque se tomaba tres días para preparar una celebración detallada: comida, decoraciones y todo especial. Sin embargo, debía colgar cortinas negras en las ventanas porque en esos días era peligroso celebrar la Navidad en Yugoslavia. Los espías anotaban los nombres de las familias que se reunían para festejar; el gobierno los premiaba por entregar a la gente. Así que mi familia llegaba a casa de mi abuela de uno en uno, y celebrábamos la Navidad tras las cortinas negras. Mi abuela era la única capaz de reunir a toda mi familia. Eso era maravilloso.

Y las tradiciones eran hermosas. Todos los años mi abuela solía hornear una tarta de queso con una gran moneda de plata adentro. Si mordías la moneda de plata —y no te rompías un diente— quería decir que eras afortunado. Podías quedarte con la moneda hasta el año siguiente. También nos arrojaba arroz; quien estuviera más lleno de arroz sería el más próspero del año.

Lo terrible era que mis padres no se hablaban ni aunque fuera Navidad. Todos los regalos que recibía, cada año, resultaban ser cosas útiles que no me gustaban. Medias de lana, algún libro que debía leer o pijamas de franela. Los pijamas siempre me quedaban demasiado grandes; mi madre me decía que se encogerían al lavarse, pero jamás lo hacían.

Nunca jugué con muñecas. Nunca quise muñecas. Y no me gustaban los juguetes. Prefería jugar con las sombras de los coches que pasaban, que se reflejaban en los muros, o con el rayo de luz que entraba desde la ventana. La luz atrapaba las partículas de polvo conforme viajaban hacia el suelo y me imaginaba que ese polvo contenía pequeños planetas con diferentes pueblos galácticos, alienígenas que nos visitaban viajan-

do sobre los rayos del sol. Y luego estaban los seres brillantes del *plakar*. Mi niñez entera estuvo llena de espíritus y de cosas invisibles. Lo que podía ver eran sombras y gente muerta.



Uno de mis mayores miedos siempre ha sido la sangre, mi propia sangre. De pequeña, cuando mi madre y su hermana me abofeteaban, me llenaba de moretones azules. Mi nariz sangraba con frecuencia. Más tarde, cuando se me cayó mi primer diente de leche, el sangrado no se detuvo sino hasta tres meses después. Tenía que dormir sentada en la cama para no ahogarme. Finalmente, mis padres me llevaron al hospital para que diagnosticaran lo que padecía, y los doctores descubrieron que sufría un desorden de sangre; al principio pensaron que se trataba de leucemia. Mi madre y mi padre me internaron en el hospital; estuve ingresada durante casi un año. Tenía seis. Este fue el mejor momento de mi infancia.

Todos en mi familia eran amables conmigo. Por primera vez me obsequiaron con buenos regalos. Los doctores siguieron realizando pruebas y descubrieron que no padecía leucemia, sino algo más misterioso: alguna especie de reacción psicósomática al abuso físico de mi madre y de mi tía. Me dieron toda clase de tratamientos, luego regresé a casa y las bofetadas y los golpes continuaron, quizá con menos frecuencia que antes.

Esperaban que yo aguantara esos castigos sin reproches. Creo que, de cierta manera, mi madre me entrenaba para que fuera una soldado como ella. Es posible que haya sido una comunista ambivalente, pero era una comunista dura. Los comunistas de verdad poseían una determinación capaz de «derribar muros caminando», una determinación espartana. «En cuanto al dolor, soy capaz de resistirlo», dijo Danica en una entrevista que le hice en su vejez. «Nadie me ha escuchado gritar y nadie nunca lo hará.» En la oficina del dentista, ella insistía en que *no* le aplicaran la anestesia cuando le sacaran un diente.

De ella aprendí la autodisciplina, y siempre le tuve miedo.

Mi madre se obsesionaba con el orden y la limpieza, esto venía en parte de su formación militar; por otro lado, quizá reaccionaba contra el caos de su matrimonio. Me despertaba en mitad de la noche si consideraba que me estaba moviendo mucho, desarreglando las sábanas. Hoy duermo de un lado de la cama, completamente quieta. Cuando me levanto por la mañana logro reacomodar las sábanas solo con darles la vuelta. Cuando duermo en hoteles, ni siquiera te enterarías de que estuve allí.





Mi madre durante la visita de la delegación búlgara, Belgrado, 1966.

Supé que mi padre fue quien escogió mi nombre cuando nació y que me llamó como a una soldado rusa de quien se había enamorado. Una granada le había explotado frente a sus ojos. Mi madre estaba resentida profundamente por aquel viejo apego y, por asociación, creo que a mí también me despreciaba.

La fijación de Danica con el orden se trasladó a mi inconsciente. S lía tener una pesadilla recurrente sobre la simetría; era profundamente perturbadora. En ese extraño sueño yo generalmente inspeccionaba una enorme fila de soldados, los cuales eran todos perfectos. Luego quitaba uno de los botones de sus uniformes y entonces el orden entero se desmoronaba. Entonces despertaba presa del pánico. Le temía tanto a romper la simetría.

En otro sueño recurrente caminaba hacia la cabina de un avión y la hallaba vacía, sin pasajeros. Todos los cinturones se encontraban perfectamente acomodados. Cada conjunto yacía en su asiento tranquilamente, excepto uno. Y ese cinturón desabrochado me provocaba pánico, pues pensaba que era culpa mía. En ese sueño siempre era yo la que hacía algo para romper la simetría y eso no estaba permitido; existía alguna especie de fuerza mayor que me castigaría.

Solía pensar que mi nacimiento había destruido la simetría del matrimonio de mis padres. Después de todo, a partir de mi nacimiento su

relación se hizo violenta y terrible. Y mi madre me culpó a mí, mi vida entera, por ser tal como mi padre, el que se había marchado. La limpieza y la simetría eran las obsesiones de mi madre, junto con el arte.

Supe desde los seis o siete años que deseaba convertirme en una artista. Mi madre me castigaba por muchas cosas, pero en este tema en particular me alentaba. El arte era sagrado para ella. Así que en nuestro gran apartamento no solo tenía mi habitación, sino también mi propio estudio de pintura. Y aunque el resto del apartamento se encontraba lleno de cosas (cuadros, libros y muebles), desde muy joven mantuve mis dos habitaciones *spartak* (espartanas) lo más vacías posibles. En mi habitación solo tenía mi cama, una silla y una mesa. En mi estudio, el cincel y mis cuadros.

Mis primeros cuadros fueron sobre mis sueños. Para mí parecían más reales que la realidad en la que vivía. No me agradaba mi realidad. Recuerdo que al despertar el recuerdo de mis sueños era tan fuerte que lo anotaba y luego lo pintaba en dos colores particulares: un verde profundo y un azul nocturno. Nunca nada más.

Ambos colores me atraían mucho. No puedo explicarlo. Para mí los sueños eran de color verde y azul. Tomé unas cortinas viejas y me hice una bata larga de esos colores, los colores de mis sueños.

Suena a que fue una vida privilegiada y, en cierta forma, sí lo fue; en un mundo de monotonía y privación comunista, yo vivía en el lujo. Nunca lavé mi ropa. Nunca planché. Nunca cociné. Ni siquiera tenía que limpiar mi cuarto. Todo me lo hacían los demás. Lo único que me pedían era que estudiara y que fuera la mejor.

Tomaba clases de piano, de inglés y francés. A mi madre le encantaba la cultura francesa; todo lo francés era bueno. Yo era muy afortunada, pero en toda esta comodidad me sentía muy sola. La única libertad que tenía era la de expresarme. Había dinero para pintar pero no había dinero para ropa. No había dinero para nada que una joven como yo deseara.

Pero si quería un libro, lo conseguía. Si quería asistir al teatro, me daban una entrada. Si quería escuchar cualquier música clásica, me facilitaban los discos. Y no era que tan solo me brindaran toda esa cultura, sino que me presionaban para tenerla. Mi madre me dejaba notitas en la mesa antes de regresar a trabajar, me ordenaba cuántas frases en francés debía aprender, cuántos libros debía leer, todo estaba planeado para mí.

Por órdenes de mi madre debía leer todo Proust, de principio a fin todo Camus, todo André Gide: mi padre quería que yo leyera a todos los rusos. Pero incluso bajo estas órdenes, hallé mi escape en los libros. Tal



La ropa que hice a partir de las cortinas, 1960.

como en mis sueños, la realidad de los libros que leía era más fuerte que la que me rodeaba.

Cuando leía un libro, todo a mi alrededor dejaba de existir. Toda la infelicidad de mi familia, las peleas amargas de mis padres, la tristeza de mi abuela porque le habían quitado todo lo suyo, todo desaparecía. Me unía a los personajes.

Las narrativas extremas me fascinaban. Me encantaba leer sobre Rasputín, a quien ninguna bala podía matar. El comunismo combinado con el misticismo era una gran parte de mi ADN. Y nunca olvidaré un cuento extraño de Camus, «El renegado». Trataba de un misionero cristiano que había ido a convertir a una tribu del desierto pero, al final, más bien ellos terminaron convirtiéndolo a él. Cuando rompe una de sus reglas, le cortan la lengua.

Kafka me atrajo con un poder enorme. Devoré *El castillo*; de verdad sentí que vivía en el libro. Kafka poseía una forma peculiar de llevarme al laberinto burócrata que el protagonista, K., luchaba por superar. Era una agonía, no había escapatoria. Sufría junto a K.